

I.  
En la cumbre, el lugar del triunfo  
*Mayo de 2010*

—¿Dime, Edwin, cómo lo hemos conseguido? —preguntó Boris Romanov a su amigo y socio, quien en los primeros segundos ni pudo asimilar la pregunta.

Los dos se encontraban en la sala de observación situada en la última planta del edificio más alto del mundo, o dicho de otro modo, ellos estaban en la cumbre, que dentro de unos minutos, cuando la luna alumbrase completamente el horizonte celestial, iba a ser inaugurada por el emir de Dubái.

—¿A qué te refieres? —también preguntó Edwin Rilski impactado por la vista del brillo enrojecido del sol ya descendido, que transmitía una aparente unificación entre el cielo y el mar, pero solo aparente.

—Me refiero a la cumbre en la que estamos ahora. Y más bien, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Hasta la cumbre, Edwin —dijo Boris con plena convicción de lo que estaba preguntando.

—No te entiendo, Boris, porque experimentar la vista de esta altura es algo único, y ni siquiera sé dónde estamos, más cerca del mar o del cielo, no lo sé. Y si me preguntaras qué veo o qué siento, e incluso, qué pienso; te respondería que veo el cielo y el mar unidos, que me siento libre por contemplar el horizonte, y pienso que deberíamos estar acompañados por Melanie y Katherine. No sé qué respuesta esperas, porque no entiendo tu pregunta —concluyó Edwin.

Los dos se conocían desde hace más de veinticinco años, casi el mismo tiempo desde que llegaron a Estados Unidos solamente con el entusiasmo de haberse liberado del comunismo y su régimen totalitario, sin saber el idioma, sin carreras universitarias, y no en último lugar; sin dinero. Por eso, la pregunta que planteó Boris, fue una pregunta de amigo a amigo, y no de los copresidentes de Universal Petroleum, cuya posición profesional acreditaba su presencia en la cumbre.

—¡Te lo explico, Edwin! —dijo Boris—. La respuesta va más allá de la cumbre y del horizonte en el que estás obsesionado.

—De repente —exclamó Edwin—, me preguntas de algo que no sé a dónde va, porque eso de «más allá» es cosa tuya, siempre piensas en otros momentos y no puedes valorar el presente.

—Aunque todavía te parezca incomprendible, la pregunta no es un sin sentido. Verás que se debe a algo, no lo dudes —insistía Boris, quien en los últimos ocho-nueve meses, desde la muerte de Frank Richardson, la persona más influyente en su vida profesional, no dejaba de preguntarse: ¿cómo él y Edwin, junto con el representante del accionista principal Capital, James Smith, habían conseguido ser copresidentes de Universal Petroleum?

—Claro que se debe a algo —le contestó Edwin—. Se debe a la magnífica vista que se abre ante nosotros, que para mí es impresionante.

—Más bien está claro que no me has entendido, Edwin. ¡Está clarísimo! Yo me refiero a la posibilidad que nos ha permitido estar aquí. ¿No notas, que aquí están los presidentes de los grupos económicos más influyentes del mundo, junto con los presidentes y los monarcas de los países más desarrollados? —preguntó Boris—. Por otra parte, hay que reconocer, que ni tú, ni yo nos consideramos elitistas, pero no podemos quedarnos indiferentes

ante la presencia de la élite mundial, tanto intelectual como financiera y política.

—Sí, lo noto que es así —respondió Edwin sin estar muy impresionado.

—Mira entonces, lo que te he preguntado tiene mucho que ver con esto, porque para nosotros, sí que hay un más allá de esta cumbre, que nos ha permitido estar ahora aquí. Y ese más allá, tiempo y lugar, no tiene nada que ver con el resto de los presentes, porque me refiero exclusivamente a nosotros.

—¿Sigues insistiendo? —preguntó Edwin todavía obsesionado del cielo ya nocturno.

—Sí, porque estamos en la cumbre del edificio más alto. Y esta cumbre, aparte de otras con las que también se puede relacionar, por ejemplo, la cumbre de la ciencia que permitió su construcción, debe contener implícitas en sí las posibilidades que permiten su alcance. Y lo que te he preguntado, pero que todavía no puedes entender es, ¿qué ha posibilitado nuestra presencia aquí?

—De verdad, Boris, sigo sin entenderte —contestó Edwin.

—Bueno, a lo mejor es mal momento para hablar sobre las posibilidades entendidas como condición y realización, pero intentaré explicártelo, porque si comprendes a qué me refiero, a lo mejor en las próximas horas podemos conversar sobre un tema, que puede dar más sentido a nuestra presencia aquí —dijo Boris.

—No tengo inconvenientes para hablar sobre lo que consideres oportuno, pero siempre y cuando seas más claro.

—Intentaré serlo, y espero que en las próximas horas hablemos sobre este tema —dijo Boris.

—Bueno, ya te escucho con más atención —respondió Edwin sin apartar su mirada del abismo espacial que marcaba la cumbre, pero atento de lo que le iba a comentar Boris.

—¡Mira, Edwin! —dijo Boris con un tono serio—. En los últimos meses, desde la muerte de Frank, no paro de preguntarme cómo hemos conseguido llegar a ser copresidentes de Universal Petroleum, es decir, dirigir la compañía más emergente en el sector petrolífero. Y ahora estando en la cumbre del edificio más alto del mundo, que no es ni más ni menos que en función de nuestra posición profesional, me doy cuenta que dicha posición es la que nos permite estar en la cumbre. Pero claro, la pregunta es, ¿cómo hemos llegado hasta aquí? Y este aquí se refiere tanto al ser copresidentes de Universal Petroleum, como al estar literalmente en la cumbre. Y no solo eso, porque esta cumbre que aparentemente es una, implica en sí otras cumbres.

—¿Otras cumbres? —preguntó Edwin ya con mucha más atención.

—Sí, Edwin, y concretamente tres. La primera es la altura del edificio, que ha alcanzado el hombre y como sabes mide mil ciento once metros elevados en el desierto. La segunda cumbre es la de la ciencia o la arquitectura, la cual ha saltado los sueños de generaciones y generaciones de arquitectos, y hablando de arquitectura, no hay que olvidar que mañana a las 12.30 es la reunión con el Sr. Roberts, el arquitecto de este edificio, en relación con el proyecto que queremos realizar en Texas. Y lo que creo que es importante, aparte de estas dos cumbres que también se explican a través de posibilidades, a saber, técnicas y científicas; la importancia es de la tercera cumbre a la que me refiero, que es la cumbre de las posibilidades humanas. E insisto, las posibilidades que condicionan y las posibilidades que se realizan.

— ¿Posibilidades? —preguntó otra vez Edwin sin decir nada más.

— Sí, Edwin, posibilidades. La cumbre del edificio más alto es una posibilidad realizada, pero por otra

parte también debe contener en sí la posibilidad o la condición de su alcance. Es decir, la posibilidad para alcanzar la planta más alta de la torre más alta debe estar implícita tanto en la cumbre como en los que están presentes aquí. Y aunque, la cumbre es la expresión de una posibilidad, de la arquitectura, ella es reflejo de la presencia de todos los invitados, y esta presencia la debemos entender a través de la posibilidad, tanto realizada como la que se expresa como condición. Esto ha provocado mi pregunta, Edwin, la posibilidad de estar aquí.

—Pero esto es más que obvio, Boris. Es más que obvio, que todo lo que sucede, sucede porque es posible suceder. Y el ejemplo que me estás comentando, me parece que es el mismo.

—Bueno, ¿y cuál es la respuesta, Edwin? —preguntó Boris—. ¿Cómo hemos llegado hasta aquí?

—Eso ya no lo sé.

—Ves que no es tan obvio, pero por fin intentas entenderme —dijo Boris—. Yo creo que sé «qué» es lo que determina nuestra presencia, repito, solo nuestra presencia; pero todavía no tengo la respuesta que completa el «cómo», es decir, todavía no puedo determinar cómo hemos llegado hasta aquí.

—Y ya, como me has distraído del horizonte, entonces, ¿qué es lo que determina nuestra presencia aquí? —preguntó Edwin.

—No te lamente por el horizonte, porque la determinación que creo que expresa nuestra presencia en la cumbre, justamente ahora, es más importante que la apariencia de la claridad del cielo nocturno. Nuestra presencia en la cumbre, y no en el sentido de «cómo», sino de «qué es», es decir, «en qué consiste» —Boris tomó una pausa, respiró profundamente y añadió—, nuestra presencia aquí y ahora es nuestro triunfo.

—¿Triunfo? —preguntó Edwin con asombro.

—Sí, Edwin, la cumbre para nosotros es triunfo. Y más bien la cumbre de las posibilidades —contestó entusiasmado Boris.

—Pero entonces, si entiendo bien lo que me has preguntado, es más bien: ¿cómo hemos llegado hasta el triunfo, o cómo hemos conseguido triunfar?

—Es lo que te he preguntado, Edwin, porque el edificio más alto del mundo no es un lugar cualquiera, es la expresión de las posibilidades que te he comentado, y su alcance en el momento más significativo de su creación, sí que es triunfo.

—No sé, y tampoco sé qué te ha provocado pensar en las posibilidades y en el triunfo, pero has conseguido distraerme de la vista que estaba contemplando. Y lo has conseguido, no porque la pregunta no tenga sentido, sino porque ya te entiendo perfectamente, y creo que tienes razón. Esta cumbre, que es de vértigo, es capaz de provocar el planteamiento que acabas de comentarme. Bien, Boris, bien —dijo Edwin—, si el triunfo está en el mismo plano que la cumbre, aparte de lo que sentía hace un rato, creo que también debemos sentirnos como triunfadores.

—En cuanto a la cuestión, de si nosotros mismos debemos sentirnos triunfadores, creo que no deberíamos vernos de esta forma. Es decir, la cuestión no es esta, ni mucho menos, sino ver cómo hemos llegado hasta aquí. El éxito de la propia cumbre es para la gente que ha participado en su construcción, y principalmente para el arquitecto. La justificación de nuestra presencia aquí está en el pasado, en ese más allá que te he dicho y que has pensado que es un disparate. Pero ese «más allá» —seguía Boris—, debe referirse a un principio que llega hasta la presidencia de Universal Petroleum, que a su vez nos lleva hasta aquí, es decir, hasta la cumbre, la cual implica una posibilidad realizada.

—Ah, Boris, Boris —decía Edwin—, el principio es otro tema, sobre el principio sí que estoy dispuesto a hablar, incluso aquí en la cumbre.

—Precisamente del principio te he preguntado, Edwin, del principio que tenemos tú y yo, y que se engendró por el rechazo al comunismo y su régimen totalitario, que nos impulsó a anhelar vivir en libertad, que siempre es la verdad en la vida, y que todo fue hace más de veinticinco años.

—En esto estoy de acuerdo. Pero, ¿te das cuenta, que lo que me has preguntado, exige una respuesta que se debe referir a nuestro pasado? preguntó Edwin. Y como bien has dicho, este pasado tiene más de veinticinco años.

—¡Sí! —contestó Boris—. Me doy cuenta perfectamente. Incluso me doy cuenta que tal y como esta cumbre es la culminación del edificio más alto, a lo mejor lo es de nuestro pasado, es decir, de ese tiempo que ha alcanzado su límite más alto. Y si fuera así, ese hecho no me preocuparía, porque al fin y al cabo cada inicio tiene su fin, nosotros también.

—Totalmente de acuerdo con el inicio y el fin, pero creo que la cumbre no la debemos ver como nuestro fin. Como el fin del edificio sí, pero no para nosotros, que todavía estamos en una edad creativa y con un montón de planes para realizar.

—Yo tampoco quiero ver la cumbre como una culminación para nosotros, pero debemos decir que la culminación es algo que sucede, y en gran medida no siempre cuando nosotros queremos. Puede ser que sea aquí y ahora, o dentro de unos años, eso no lo sabemos, porque si nos acordamos de Frank, quién nos podría decir que su vida se iba a acabar de repente, igual que nosotros en una edad creativa y con un montón de planes para realizar.

—Sí, Boris, Frank es el ejemplo más reciente, y creo que debemos darle el mérito de lo que hemos conseguido en estos años, porque todo lo esencial que hemos realizado en nuestra vida profesional, lo hemos conseguido juntos. Y aunque él no está aquí ahora, nosotros estamos por él y para él.

—¿Ves, Edwin? —anotó Boris—, has dicho: «lo que hemos conseguido». Es justamente lo que te he preguntado: ¿cómo lo hemos conseguido? Y en cuanto a Frank, sin lugar a dudas es la persona más significativa en este pasado al que me he referido. Pero también me refería a las posibilidades, que ya es un tema más complicado, y no menos importante. Y en este sentido estoy convencido de una cosa —seguía Boris—, que si en aquella noche, que fue exactamente la noche del 26 de noviembre de 1985, no hubiéramos huido del régimen comunista, es decir, si no hubiéramos pasado la frontera de Grecia, nuestras historias personales se hubieran quedado tan lejos de la libertad, del capitalismo, del triunfo, y también del lugar donde estamos ahora, a saber, de la cumbre del edificio más alto.

—Me parece increíble, Boris —dijo Edwin—, que en este momento seas capaz de pensar en lo más lejos de lo que me imaginaba que podría ser el principio, pero te entiendo porque tú mismo lo has dicho, que las posibilidades están «más allá», y ese más allá está en el momento desde que nos conocimos, e incluso más allá, porque el comunismo del que pudimos huir, tenía mucho que ver que nos conociéramos y que nos hiciéramos amigos. Por otra parte, entiendo que hay un vacío, que a veces, surge en nuestros recuerdos, y a mí también me sucede pensar en el pasado, pero tú lo haces en los momentos que están muy separados de aquel entonces. Mi presencia aquí me hacía sentir de un modo completamente libre e incluso feliz; pero tu pregunta sobre nuestro pasado, visto como posibilida-

des, está cambiando todo. Incluso, tu determinación de la cumbre como triunfo, profundiza mucho más lo que me has preguntado, porque ahora podemos hablar de la cumbre como triunfo, pero no lo podemos hacer de otro modo que no sea desde el pasado, o recordar los años pasados del camino recorrido, es decir, el camino hacia el triunfo.

—Efectivamente, Edwin, sobre el camino hacia la cumbre que transcurrió en el tiempo, y que este tiempo ya no existe más allá de los hechos y los recuerdos del pasado.

En este momento las luces del fulgor traspasaron el espacio de toda la longitud de la torre. Sus puntos finales eran formas múltiples de luz, que después desembocaban en la oscuridad y paulatinamente se perdían de la vista. Tras cada forma luminosa venía la otra y así sucesivamente, como a veces se intercedían sin haber podido determinar una diferencia entre ellas. Lo que era común de las figuras no fue la altura que alcanzaban, porque siempre era distinta, sino su descendencia posterior. A saber, después del alcance del punto más alto, como si la luz alcanzase su triunfo, dejaba lugar a otra luz del fulgor hasta que se perdiese definitivamente. Edwin notó que la trayectoria descendiente del fulgor era la otra parte de la pregunta de Boris, es decir, que no solo hay una trayectoria, que llega hasta un punto final, cumbre, o triunfo, sino que hay un movimiento posterior, que es descendiente. En un primer momento esta conclusión le asustó un poco, porque entendía, que si el triunfo, o la cumbre, son la culminación de una determinada trayectoria, entonces justamente su alcance es un punto de inflexión, que no superaría la cumbre, sino solo llega hasta ella, y que otra vez se dirigiría hacia su punto inicial, es decir, hacia su principio. Después de pensar unos segundos, él ya estaba seguro que deberían recordar a su pasado, que inconscientemente nunca está en el primer plano del pensamiento, pero siempre en los recuerdos

más íntimos. Y sin esperar que la ceremonia terminase, dijo a Boris:

—Boris, el pasado no solo está en el principio.

—¿Quieres decir que el principio no es el pasado?  
—preguntó Boris.

—No, el principio está en el pasado, pero también en el futuro.

—Espera que termine la parte de la inauguración oficial, y me lo dices entonces, porque justamente ahora no es muy oportuno hablar. Vamos a seguir el protocolo y hablamos después, tenemos toda la noche ante nosotros.

Edwin no esperó mucho, porque el programa de la iluminación terminó al cabo de un cuarto de hora, y en unos minutos todos los invitados empezaron a dirigirse al emir, el propietario que financió la torre, y al arquitecto del edificio que la determinó como posible, para saludarles y expresar sus admiraciones de lo que los dos habían podido realizar. Por parte del emir no hubo proclamaciones o discursos festivos para demostrar ante los invitados su gran proyecto hecho realidad. Cualquier discurso pronunciado desde la cumbre del edificio más alto del mundo sobraría, porque la cumbre era como un reflejo, donde todos veían lo que el arquitecto y el emir habían hecho de lo posible real.

Tras esta parte de la ceremonia, empezó el cóctel, que tenía lugar en las dos últimas plantas. La penúltima estaba invertida en restaurante, y en cuanto a la última que contenía varias docenas de miradores acristalados, se servían solo bebidas. Las dos plantas iban a estar abiertas treinta y seis horas, y con la acreditación que tenían los invitados, ellos podrían salir de la zona del acontecimiento, tal y como fueron denominadas las dos últimas plantas, y volver cuando quisieran; para tratar temas de negocio, tomar un champán, desayunar o simplemente para observar el horizonte del lugar más privilegiado del edificio más alto del mundo.

Al principio Edwin y Boris se quedaron en la última planta. Prefirieron tomar un whisky y hablar del tema que habían empezado antes de la ceremonia de la inauguración. Pidieron dos copas de Dalmore 74 y se acercaron hasta la parte extrema, que tenía una vista impactante, con el cielo ya lleno de estrellas. Y cuando una vez estaban casi pegados a las ventanas, Edwin dijo:

—Boris, el pasado no solo es parte del principio, sino del futuro.

—¿Qué quieres decir con esto? —preguntó Boris.

—No sé si te has fijado, pero hablando de la cumbre como triunfo, o como una trayectoria culminada, que siempre tiene su principio, hay algo muy significativo. Lo que es significativo, y creo que vas a estar de acuerdo conmigo, es que cuando una vez el fulgor alcanza su punto más alto, como es la cumbre o el triunfo, hay un momento no de final, sino de inflexión, y es cuando se empieza observar un movimiento que desciende otra vez hacia el principio. Es decir, después del triunfo, o la cumbre, donde ya no se consigue nada más de lo logrado, otra vez se vuelve al principio.

—Ahora yo no te entiendo —dijo por su parte Boris.

—No hay nada para entender, Boris —contestó Edwin—. Si hay un principio que llega hasta la cumbre o el triunfo, después de alcanzar su punto más alto, que no es necesario que sea una cumbre alta como esta, que de hecho es la más alta, el principio es otra vez protagonista como referencia final, exactamente igual que el fulgor. Exactamente igual —decía Edwin.

—Pero, comparando el alcance del fulgor con la cumbre, ¿quieres decir que aquí termina el triunfo? —preguntó Boris, y se quedó un poco perplejo, porque se daba cuenta de la respuesta.

—¡Sí! —exclamó Edwin—. Lo que has supuesto antes de la ceremonia de la inauguración, pero al que no hicimos mucho caso. A partir de ahora, la cumbre en

la que estamos, nunca jamás se podrá relacionar con el triunfo, pero en este momento sí, y aquí te doy la razón de lo que has comentado. A partir de ahora, esta cumbre será un estímulo para nuevas cumbres más altas, donde algunos proyectos se quedarán en el camino, pero otros la superarán. Sin lugar a dudas, habrá cumbres más altas en el tiempo —según Edwin—, pero ese tiempo no será el nuestro, porque se basará en un principio diferente. En este sentido, debemos tomar este momento muy en serio, porque queramos o no, nos vamos a retirar de la cumbre y del triunfo que expresa, y no debemos hacer un drama de este hecho, porque las cosas tienen su fin, tienen su tiempo y no hay ningún motivo para lamentos. Esta cumbre representa nuestro triunfo. Los dos pertenecen a la misma idea, y aunque a partir de ahora la cumbre perderá importancia para nosotros, la idea del triunfo seguirá existiendo, donde lo único que se cambiaría serán los protagonistas. ¿Cómo lo hemos conseguido, Boris? —hizo la misma pregunta Edwin, emocionado de lo que sentía, y qué podría sentir si no el triunfo.

Boris entendió que su pregunta inicial provocó en Edwin una reflexión contraria de la suya, la cual no se refería a la cumbre, sino al futuro en el cual iban a vivir con más fuerza los recuerdos del pasado. También se daba cuenta de la necesidad que sentían por hablar de este tema, sabiendo que la respuesta de cómo han llegado a ser copresidentes de Universal Petroleum, lo que realmente es la causa de que estén presentes en la cumbre, se hallaba allí; en el pasado.

—Me has entendido, Edwin —dijo Boris—. Incluso algo más. Has visto la importancia para hablar sobre el triunfo. Y no sé si te das cuenta, pero tu reflexión sobre el fulgor da plenitud a lo que te he preguntado, porque la importancia del principio es doble; en primer lugar, es lo que nos permitió empezar; y en segundo lugar, nos permite valorar el tiempo transcurrido. Es decir, con el

paso de los años, los recuerdos del principio, del pasado, siempre estarán presentes en nuestros pensamientos, de los cuales no solo no nos podemos librar, sino que marcarán nuestra identidad. Esta identidad que ahora mismo la determinamos como parte del triunfo.

—Efectivamente, Boris, la identidad es la superación del principio.

—Así es, Edwin, así es—dijo Boris—. Y creo que lo más importante ahora es que ya los dos vemos la necesidad de hablar sobre este tema, y en particular responder a mi pregunta inicial. Y lo haremos, lo haremos, Edwin, pero dentro de algunos minutos. Ahora mismo tenemos que dejarnos a la solemnidad de este momento, dar paso a las emociones y simplemente sentir el triunfo.

—Es verdad, este momento es inmenso —contestó Edwin—. No sé cómo expresarte la sensación que tengo aquí en la cumbre. Es una sensación de felicidad, de armonía, de libertad, y creo que no me equivocaría, si dijera que es una sensación de triunfo.

—Sí, Edwin, el triunfo también se puede sentir, porque la cumbre es una realidad sublime, y como decía Frank: «Lo sublime es la sensación de lo perfecto».

—Esto es el triunfo —dijo con voz vibrante Edwin—. La perfección hecha realidad.

— ¡Qué bien suena! ¡Qué bien! —exclamó Boris.

—Sí, y así aparece —dijo Edwin—. ¡Salud, amigo!

Los dos levantaron lentamente sus vasos, los dirigieron uno hacia el otro, e hicieron un brindis que contenía en sí un pasado de veinticinco años, y que en el lugar donde estaban, lo determinaban como triunfo. Se quedaron así alrededor de diez minutos, dirigiendo sus miradas hacia el horizonte nocturno, sin decir nada, simplemente ensimismados en sus pensamientos, recuerdos, emociones. Este éxtasis de goce era increíble, porque antes de amarrarse así en el horizonte, ellos habían planteado la pregunta que iba a explicar su presencia en la cumbre.

Y en realidad la pregunta dominaba en la conciencia de los dos, porque les hizo pensar sobre su vida, sobre su pasado, y también sobre el presente. Consideraban que tenían que responder allí donde estaban, no porque no lo podrían hacer en otro momento, sino porque sentían la necesidad de marcar un límite, es decir, hablar sobre las posibilidades que pudieron superar en su pasado, relacionadas con la determinación de la cumbre como triunfo. Esta determinación, que se puede decir que es una emoción que surge en contra de nuestra voluntad, y en función de la fuerza del asombro da paso al pensamiento y a las ideas; y en este caso la idea del triunfo.

El primero que rompió el silencio fue Boris, diciendo:

—Edwin, para empezar a hablar sobre la importancia del pasado, creo que el cruce de la frontera con Grecia fue el momento que marcó un antes y un después en nuestra vida. Entonces éramos y no éramos, por así decirlo, porque si no hubiéramos conseguido escapar de los disparos de los guardias fronterizos, jamás tendríamos la posibilidad ni para estar aquí, ni para poder hablar de triunfo, ni para nada, porque nuestro pasado podría haber terminado en aquella noche. En aquella noche de la nada, y literalmente en la nada.

—Sin lugar a dudas, el paso de la frontera es un momento importantísimo —contestó Edwin—, pero debemos volver más atrás en el pasado, cuando se forjó nuestra amistad, y ver cuáles eran los motivos que nos impulsaron para huir del régimen comunista de Bulgaria. Después ya podemos hablar del paso de la frontera, y todo lo que sucedió posteriormente para llegar hasta aquí, tal y como has empezado esta conversación. Es decir, para que esta conversación empiece desde el principio, debemos volver a los horrores del comunismo que nos impulsaron a soñar para vivir en un país donde la libertad es el fundamento básico para cada ser humano,

independientemente de su origen, nacionalidad, creencia religiosa, o ideología política.

—Me parece bien este planteamiento sobre el principio —dijo Boris.

—Sí, Boris, porque lo primero siempre es lo primero, y nosotros como cualquier otra persona también tenemos este principio como primeros recuerdos, que desde el lugar en el que estamos son los últimos, pero en el orden del pasado son los primeros. Por eso, considero que debemos volver hasta el principio sea donde sea, porque sin ver lo que nos une desde cuando nos conocimos, que es la pura amistad, confianza y respeto personal, no podríamos hablar del triunfo, sino de negocio, y el triunfo no es negocio, el triunfo se basa en una amistad incondicional. Siempre cuando tengamos presente la importancia de la amistad, podemos ver que la cumbre en la que estamos no es nada más que la expresión del permanente compromiso que hemos tenido, en primer lugar como amigos, y después como socios en la actividad empresarial.

—Totalmente de acuerdo —contestó Boris—, pero creo que también estarás de acuerdo conmigo, que aparte de la amistad y la confianza y el respeto personal, que sin lugar a duda son primero de lo primero, debemos hablar de las posibilidades, es decir, las posibilidades a las que me he referido antes de que empiece la ceremonia de la inauguración. Y una de las posibilidades sin lugar a dudas es el capitalismo.

—Sí, Boris —replicó Edwin—, pero para responder a la pregunta: ¿cómo hemos llegado hasta aquí?, creo que primero debemos responder a otra pregunta más importante, la cual es: ¿quiénes somos? Es decir, es importante recordar en qué condiciones nos hicimos amigos, hace más de veinticinco años. Y en este sentido, creo que hablar del triunfo sin tener a la vista la amistad más pura

que hemos experimentado, no sería una conversación de base.

—Así es —dijo Boris—. Y está muy bien, ya que estás tomando mi pregunta inicial muy en serio.

—Bueno, en comparación con el momento cuando me has preguntado, simplemente observando en el horizonte; sí —contestó Edwin con una voz tranquila—. Pero ya es sin importancia, incluso te estoy agradecido, que hayas provocado esta conversación justamente aquí, porque como sabes, aparte de la invitación del emir, que es un honor para nosotros y para Universal Petroleum, y la reunión con el Sr. Roberts, el arquitecto, mañana a las 12.30, aquí venimos para desconectar como es lo moderno que se dice hoy en día. Pero ya de desconectar o descansar de ninguna manera.

—Estoy de acuerdo —contestó Boris.

—Ahora bien —siguió Edwin—, lo que está claro y desde allí podemos empezar es, que nosotros nos conocimos en el cuartel militar más duro del Estado comunista. No podemos prescindir de la dureza de aquellos dos años, en los cuales éramos testigos de las muertes de varios compañeros, algunos condenados por el tribunal militar y ejecutados ante nuestra presencia, y otros «desaparecieron» para siempre. De hecho, todas las muertes se contaban como «suicidios». Esta brutalidad del comunismo todavía no me la puedo explicar.

—Deja aquellos absurdos del comunismo, ya están en el pasado —dijo Boris.

—¡No! —contestó Edwin—. Si queremos saber cómo hemos llegado hasta aquí, debemos recordar aquellos momentos. ¿Cómo podemos prescindir la segunda noche en el cuartel, cuando un compañero fue tirado desde la cuarta planta del edificio y murió en unas horas sin ser atendido ni siquiera por un médico o llevado al hospital? Después de aquella noche, por lo menos una semana, o incluso más, no hablaba absolutamente con nadie, y no

porque los chicos con que estábamos eran malas personas, sino porque allí no estábamos con ningún objetivo militar, porque estábamos encarcelados. Los que estaban en cuarteles de preparación militar, no eran testigos de ejecuciones de muerte, y permanentes «suicidios».

—Es verdad lo que dices, que nuestro cuartel era el más duro, y también es verdad que ni siquiera era un cuartel común, sino más bien una prisión, donde traían jóvenes, que, o tenían una opinión diferente de la doctrina comunista, o tenían familiares que discrepaban. Era más bien un cuartel para adoctrinamiento basado en el agotamiento físico y psíquico.

—Sí, Boris, y en aquel cuartel nos conocimos —dijo Edwin—. De hecho, fue el primero que cerraron después de la caída del Muro de Berlín, pero para nosotros tuvo una importancia, que a pesar del propósito de los comunistas, primero salimos de allí como amigos para toda la vida, y en segundo lugar, salimos con la convicción que en pocos días tendríamos que huir del comunismo.

—Así fue —dijo Boris—. Cuando salimos, en menos de dos semanas ya estábamos en Grecia.

—Exactamente —contestó Edwin—, y creo que me entenderás, que hablar de los dos años en el servicio militar no es hablar de un obstáculo, sino de un trampolín que nos dio la firmeza para pasar la frontera sin pensar que podríamos morir en la huida. En aquellos días en el cuartel militar —siguió Edwin—, nos dimos cuenta que podíamos y debíamos huir del comunismo de la República Popular de Bulgaria por la frontera con Grecia. Y no hace falta entrar en detalles, porque como dices ya está pasado, y fue un pasado horrible, sino solo mencionar que allí fue nuestro principio común.

—¡Sí, Edwin, allí fue! —dijo Boris—. Fue allí donde nos hicimos amigos, pero hay otra cosa de la cual tampoco podemos prescindir, a saber, del iniciador del plano para huir del comunismo, que fue Alexander, mi primo. Fue

él quien nos propuso el plano que comentábamos una vez por mes, cuando venía a verme a lo largo de todo el año 1985.

—Efectivamente, Boris, gracias a Alexander, pudimos escapar de la dictadura comunista. Aunque —siguió Edwin—, todavía no entiendo su renuncia en el último momento para venir con nosotros. Me acuerdo perfectamente, y estoy seguro que tú también, que cuando en las primeras semanas del mes de septiembre del año 1985, nos dijo que tenía la confirmación por parte de la persona que nos iba a ayudar para huir del comunismo, fue uno de los días más felices en aquel lugar perdido a la orilla del río Danubio.

—Así fue, Edwin —contestó Boris—. Fue uno de los días más felices en aquel lugar perdido. Me gustaría recordarte la conversación que tuve con Alexander una vez salido del servicio militar, cuando me dijo que renunciaba al plano, y que ya no quería arriesgar. Pero como ya estamos hablando de aquellos momentos, creo que tampoco podemos prescindir de los últimos dos días en el cuartel «M», cuando el coronel Filipov, el comandante, nos mostró su cara humana y no la cruel que siempre pensábamos que era su propia naturaleza.

—Sería bueno que me relates la conversación que tuviste con Alexander —dijo Edwin—. Y en cuanto a Filipov, yo también pensaba en él, y en el cambio radical que nos demostró en las últimas horas bajo sus órdenes.

—De acuerdo, te comentaré mis conversaciones con Alexander —contestó Boris—, pero para seguir el orden, pienso que sería mejor que empecemos desde el cuartel «M».

—Bueno, si así prefieres, yo no tengo nada en contra, teniendo en cuenta que ante nosotros están esta noche y la siguiente, y a parte de la reunión con el Sr. Roberts, también el día entero.

—Sí, Edwin, y detrás nuestro está nuestro pasado donde se halla la condición de posibilidad para nuestra presencia aquí como copresidentes de Universal Petroleum. En este sentido, enviaré un SMS a Katherine y otro a la oficina en Austin para decir que en las próximas treinta y seis horas no estaremos localizables.

—Es una buena idea —contestó Edwin.

Después de que Boris enviase un mensaje a su esposa Katherine, y otro a la Srta. Pekerman, la secretaria de Universal Petroleum, que hacía referencia a James Smith, confirmándole que le dejan toda la responsabilidad con la gestión pendiente para las próximas treinta y seis horas, dijo:

—Ya podemos trasladarnos en los recuerdos de nuestro pasado, a saber, de nuestro principio.

—Sí —dijo Edwin sin más, también enviando un SMS a su esposa Melanie, y apagó su móvil.